

EL VÍNCULO EDUCATIVO: ENTRE *EROS* Y *ÁGAPE*

CLARA INÉS STRAMIELLO
(U. N. Lanús)

RESUMEN

La acción educativa es fundamentalmente amorosa en tanto el deseo de aprender se nutre y complementa con el deseo de enseñar, cuando el maestro desea y quiere el progreso de su discípulo, se diferencia de la amistad porque no es un amor entre iguales sino que promueve el desarrollo porque no se cristaliza o inmoviliza en algo en particular. El amor pedagógico se manifiesta como esfuerzo y tendencia hacia la perfectibilidad, es una acción positiva sobre la base de las capacidades reales tanto del educador como del educando.

PALABRAS CLAVE: Eros, Ágape, Educación

ABSTRACT

The educational activity is fundamentally love as the desire to learn is nourished and complemented by the desire to teach, when the teacher wants and wants the progress of his pupil, differs from the friendship because it is a love between equals but also promotes development because it crystallizes or freezes at anything in particular. Love manifests as educational effort and tendency to perfectibility, is a positive action on the basis of the actual capacities of both the educator and the student.

KEYWORDS: Eros, Agape, Education

Educación no es una técnica, aunque necesita de técnicas y procedimientos. Educar es un acto conjunto de humanización. Educar implica esfuerzo, orden, sistematicidad, buenos y malos ratos, sacrificio personal, saber esperar, aprovechar el momento oportuno y rectificar cuantas veces sea necesario, entre otras cosas. La relación que se establece entre educador y educando es uno de los aspectos fundamentales para el logro de los fines de la educación y un catalizador de los diferentes aspectos que afectan al fenómeno pedagógico. El vínculo educativo puede definirse como la actitud

que asumen el educador y el educando ante las tareas de enseñar y aprender. Concebimos al educador como aquel que en virtud de su saber enseña a otros, no como simple instructor, sino como un tutor de la vida misma, convirtiéndose a menudo en una guía y modelo para sus discípulos. El educador puede ser el motivador de la mejora personal de los alumnos, el promotor de su perfeccionamiento personal, el que tiene claro que el valor de su trabajo reside en el perfeccionamiento de otros. El maestro es alguien insustituible en tanto desarrolla su capacidad educativa a través de la relación interpersonal⁹⁸. Al respecto recuerdo que en un homenaje a una destacada educadora argentina, uno de los asistentes comentó que ningún auditorio se habría puesto de pié para aplaudir a una computadora. La docencia tiene un aspecto intrínsecamente humano cuando el maestro proyecta el amor por lo que hace y por aquellos para quienes lo hace, de modo tal que desconocer la dimensión humana de la tarea docente es ignorar algo esencial de la tarea educativa. Las virtudes y defectos del maestro acompañan, matizan y dan fuerza vital a toda su actividad docente. Es más, las virtudes humanas del maestro elevan su tarea de instruir a la educar.

El vínculo pedagógico no se constituye solo con la labor del maestro, para ello es imprescindible la participación dinámica de los alumnos, con sus sentimientos, experiencias e ideas. El educando como ser libre aprende y decide aprender, sin que esto signifique desconocer la influencia de la familia, del ambiente, del maestro, de los condiscípulos o de los medios de comunicación. Sin embargo, es preciso aclarar que cuando nos referimos al vínculo pedagógico hacemos expresa alusión al vínculo o relación que se establece entre maestro y alumno en tanto uno enseña y el otro aprende en la escuela en cualquiera de los niveles de enseñanza.

⁹⁸ "Hemos visto que el Magisterio es falible, que los celos, la vanidad, la falsedad y la traición se inmiscuyen de manera casi inevitable. Pero sus esperanzas siempre renovadas, la maravilla imperfecta de la cosa, nos dirigen a la *dignitas* que hay en el ser humano, a su regreso a su mejor yo. Ningún medio mecánico, por expedito que sea; ningún materialismo, por triunfante que sea, pueden erradicar el amanecer que experimentamos cuando hemos comprendido a un Maestro. Esa alegría no logra en modo alguno aliviar la muerte. Pero nos hace enfurecernos por el desperdicio que supone. ¿ya no hay tiempo para otra lección?" STEINER, G. (2007), *Lecciones de los maestros*. Buenos Aires, Siruela/Fondo de Cultura Económica, p. 173.

La temática de los vínculos intersubjetivos aparece con fuerza en el mundo actual y se considera que, desde un enfoque de la complejidad, el sujeto solo adviene como tal en un devenir de interacciones en la trama relacional de la sociedad, negando que el sujeto sea una sustancia o una estructura y afirmando su ser en la interacción. Si las interacciones entre sujetos y entre los sujetos y el mundo constituyen el núcleo de la identidad del sujeto, entonces los vínculos adquieren un rol fundante. La subjetividad “es la forma peculiar que adopta el vínculo humano-mundo en cada uno de nosotros, es el espacio de libertad y creatividad, es el espacio de la ética. El sujeto no se caracteriza solamente por su subjetividad sino por ser al mismo tiempo capaz de objetivar, es decir de convenir, de acordar, en el seno de la comunidad, de producir un imaginario común y por tanto de construir su realidad”⁹⁹. Sin aceptar totalmente que el ser humano se constituye como tal – ontológicamente– en la interacción, no puede negarse que en el mundo contemporáneo hay un redescubrimiento de la importancia de las relaciones personales o intersubjetivas y, en particular, de la dimensión personal en la relación educativa, intentando no plantear como una disyuntiva sino como algo articulado lo técnico y lo personal en la interacción docente-alumno. En tanto se considere que las decisiones en educación no son solo cuestiones técnicas sino primordialmente axiológicas, no puede evitarse la incidencia de las dimensiones personales y su necesaria interacción en la relación educativa. Las maneras de aprender durante siglo estuvieron asociadas a una manipulación entre el dominio ejercido por el maestro y la esperada docilidad del alumno, dejando muchas veces reducida la tarea de educar a la de enseñar, que es solo uno de los ámbitos de la *paideia*¹⁰⁰. En la relación educativa, educador y educando son personas que interactúan en función de enseñar y aprender, en pos de un desarrollo personal en un entorno social, cultural e histórico. En este actuar conjunto e interpersonal el vínculo educativo solo puede darse más plenamente en el contexto de una educación humanista y de un enfoque integral y abarcativo del ser humano en sus aspectos intelectuales, volitivos, afectivos y

⁹⁹ Najmanovich, D. (2005), *El juego de los vínculos. Subjetividad y redes: figuras en mutación*. Buenos Aires, Biblos, p. 52.

¹⁰⁰ Ver RICOEUR, P. (2008), *La memoria, la historia y el olvido*. México, Fondo de Cultura Económica, parte I, cap. 2.

técnicos, y adquiere una relevancia especial que se ubica entre las dos dimensiones del amor humano tradicionalmente identificadas con *eros* y *ágape*.

1. El fundamento del vínculo educativo: la educación humanista

En el mundo contemporáneo y en el ámbito educativo, a veces parece que se han olvidado los ideales o principios del humanismo pedagógico, que se puede definir como aquella doctrina o movimiento cultural que basa la formación humana en aquello que hace al hombre más humano, pretendiendo, a través de una educación integral, aunar lo intelectual, lo volitivo, lo afectivo, lo físico en pos del desarrollo de la persona. La pedagogía humanista, en su sentido clásico¹⁰¹ –que es el que aquí se sostiene–, intenta elevar al ser humano en sus mejores posibilidades, y tiene sus orígenes en Grecia con la *paideia* entendida como una teoría y práctica educativa según un ideal de hombre que implicaba una educación cívica y estética. Homero, Hesíodo, Sócrates, Platón, Isócrates, Aristóteles, los trágicos y los comediógrafos, según considera Jaeger en su monumental *Paideia*¹⁰², fueron quienes conformaron este ideal cultural que se transformó en el símbolo de la Grecia clásica. Este ideal educativo pasó a Roma y se transformó de la mano de Catón, Cicerón, Quintiliano, Séneca, Varrón y muchos otros en la *humanitas latina*, ideal cultural y educativo caracterizado

¹⁰¹ La educación humanista puede entenderse desde diversos enfoques. Una visión clásica implica un ideal de perfección humana que actúa como modelo y objetivo para pautar la educación según las posibilidades de los destinatarios. Un enfoque roussonian, que reconoce la naturaleza humana como esencialmente buena, afirma que esta naturaleza interior impulsa a crecer y desarrollarse hasta lograr casi espontáneamente una humanidad plena. Otro punto de vista, desarrollado en el siglo XX por Buber y Jaspers entre otros, apunta más a la autorrealización de la propia identidad en tanto cada ser humano es responsable de sus logros y aquello que él hace de sí mismo. La pedagogía crítica, representada por Freire o Giroux, ha perfilado un concepto de educación humanista según el cual no puede decirse que una educación es humanista independientemente del contexto socio-cultural y económico. A pesar de las diferencias toda pedagogía que se precie de humanista pretende lograr en sus estudiantes su crecimiento, integración y compromiso crítico con la cultura y sociedad en la que está inserto.

¹⁰² JAEGER, W. (1978), *Paideia, los ideales de la cultura griega*, México, Fondo de Cultura Económica.

por añadir a los aspectos mencionados la afirmación de la hegemonía ética de la persona como atributo superior jerarquizador e integrador del desarrollo y cultivo de lo humano.

El humanismo grecorromano, que no se extinguió en el Medioevo¹⁰³, reaparece renovado en el Renacimiento y se convierte en la base de la cultura occidental con el nombre de educación liberal o educación humanista que, junto con el concepto de 'formación' del neoclasicismo alemán, dan al ideal de formación humana los siguientes rasgos: conocimientos extensos, profundización en los temas, conciencia de lo fundamental, comprensión del mundo y de sí mismo, armonía entre la vida intelectual y la vida práctica, presupuestos éticos y gusto estético. Por otra parte, desde el siglo XVIII en adelante, la corriente iluminista y el desarrollo del pensamiento científico y crítico transformaron las teorías y prácticas educativas, ya que la educación se tornó más democrática y pluralista. En este contexto los educadores contemporáneos que proclaman una pedagogía humanista se proponen humanizar a sus alumnos en un espíritu de libertad intelectual, autonomía moral y democracia pluralista.

Aun reconociendo la existencia de diversas clases de humanismo pedagógico¹⁰⁴, según sea la antropología que lo sustenta, en la actualidad se denomina humanismo a toda tendencia en la cual se pone de relieve algún ideal humano, siendo la responsabilidad de la educación humanista capacitar y orientar a los individuos para llevar una vida intensa y completa, cuya cultura se manifieste tanto en su conocimiento en general como en la utilización responsable de este conocimiento. Es decir que, como antaño, los dos objetivos fundamentales de la educación son ejercitar el entendimiento y alcanzar la virtud a través de una actividad interior y exterior que apele a todos los aspectos del ser

¹⁰³ La obra de James MURPHY, *La retórica en la Edad Media* (México, Fondo de Cultura Económica, 1986) es un ejemplo de la continuidad y discontinuidad de los estudios humanísticos.

¹⁰⁴ Paulo Freire, por ejemplo, se refiere a la tarea educativa como tarea humanizadora en tanto es posibilidad de conclusión ontológica del ser humano. Posibilidad negada a los estratos sociales oprimidos. Por esto la pedagogía del oprimido tiene dos momentos clave: por el primero los oprimidos develan el mundo de opresión y van comprometiéndose en la praxis con su transformación; en el segundo, transformada la realidad pedagógica opresora se convierte en pedagogía del hombre en constante liberación.

humano. Las características principales del humanismo son: la afirmación de la dignidad humana, la preocupación central por los problemas específicamente humanos, la importancia de saber conducirse en la vida y el juicio positivo con respecto al arte, la cultura, el bienestar y de todo aquello que es considerado valioso para la existencia. A ellas hay que añadir dos elementos que no pueden soslayarse: por un lado, tener conciencia de que para el logro de los valores humanos es imprescindible una infraestructura adecuada que posibilite plasmarlos en la existencia; por otro, advertir que una educación humanista no es una educación individualista, sino que implica responsabilidad hacia los otros. Indudablemente el ideal de educación humanista parece inalcanzable desde el ámbito de las políticas públicas. Sin embargo es conveniente, deseable y casi imperativo que no se relegue una educación humanista por las dificultades que implica su realización.

Un estilo de educación humanista se manifiesta en el respeto y aprecio de la libertad, de la armonía y de la cultura. El amor a la libertad se expresa en dos dimensiones complementarias: el amor a la libertad de los demás y el amor a la propia libertad. En ambas dimensiones se manifiesta el respeto hacia la dignidad propia del ser humano e implica amplitud de miras, espíritu tolerante y esfuerzos por comprender los puntos de vista ajenos. El aprecio a la armonía se refiere al cultivo de la persona y se expresa en intentar que todos alcancen su mayor desarrollo, sin querer imponer un estilo único de vida. El amor a la cultura se relaciona con el conocimiento de las obras humanas, de los frutos –objetos culturales– producidos por el ser humano en su empeño por dar lo mejor de sí. Toda formación humanista apunta a desarrollar una educación integral que conduzca al ser humano a su más alta forma de existencia. El término formación –de uso generalizado a partir del siglo XVIII en el ámbito educativo– es utilizado como sinónimo de educar o de criar y, como tal, implica un desarrollo integral de las personas que no puede lograrse sin la autónoma colaboración de las mismas. Es así que la formación humanista adquiere un matiz netamente positivo en tanto se refiere a expandir y acrecentar en el ser humano las dimensiones fundamentales de la existencia, de modo tal que el hombre se reconstruye a sí mismo con la mediación de otro. Una formación humanista no podría lograrse sin la activa

participación de los componentes de la relación educativa: el maestro y el alumno.

2. El vínculo pedagógico

La relación educativa ha sido considerada generalmente como una labor de ayuda¹⁰⁵, donde el educando cumple un rol fundamental en tanto es el agente principal de su propia educación. Parménides comienza su *Poema* (frag. 1) relatando la historia de un joven mortal que quiere aprender y es ayudado por un maestro que lo guiará por los caminos del saber; el joven avanza a tientas y se deja guiar porque quiere aprender. Para Platón en *Menón* el aprendizaje es reminiscencia¹⁰⁶, es sacar a la luz un saber que el discípulo ya posee y la labor del maestro consiste en colaborar y conducir este alumbramiento. Aristóteles, desde otra perspectiva, también acentúa la actividad del educando en tanto el logro de la educación requiere experiencia y tiempo para que el alumno ejercite sus capacidades. Juan Luis Vives con su perspicaz psicología del alumno distingue en sus obras *-Tratado sobre las Disciplinas y Tratado sobre el alma-* una gran variedad de ingenios¹⁰⁷, de modo tal que la

¹⁰⁵ En este aspecto disiente Paulo Freire ya que considera que una verdadera relación educativa se caracteriza por ser no prescriptiva, en el sentido de no conformarse a pautas ajenas. La relación educativa como asistencial y asimétrica asigna al educando un rol totalmente pasivo y al educador un rol fundamental, y transforma la tarea educativa en una labor de adaptación en la que no hay referencias a la realidad opresora y por lo tanto y, por lo tanto, posibilidad de transformación. Paulo Freire enfatiza la relación educativa como relación dialógica entre iguales, en la que ambos, educador y educando, son sujetos de un proceso de transformación de la realidad. En este proceso de reflexión y transformación el ser humano se humaniza constantemente.

¹⁰⁶ "El alma, pues, siendo inmortal y habiendo nacido muchas veces, y visto efectivamente todas las cosas, tanto las de aquí como las del Hades, no hay nada que no haya aprendido; de modo que no hay de qué asombrarse si es posible que recuerde, no solo la virtud, sino el resto de las cosas que, por cierto, antes también conocía. Estando, pues, la naturaleza toda emparentada consigo misma y habiendo el alma aprendido todo, nada impide que quien recuerde una sola cosa -eso que los hombres llaman aprender-, encuentre el mismo todas las demás, si es valeroso e infatigable en la búsqueda. Pues, en efecto, el buscar y el aprender no son otra cosa, en suma, que una reminiscencia" PLATÓN (2008), *Menón*, Buenos Aires, Losada, 81c-d.

¹⁰⁷ A modo de ejemplo, este párrafo del *Tratado sobre las disciplinas* expresa la importancia de la tarea educativa en relación con las capacidades del educando: "El ingenio es el inventor de todas las artes y disciplinas, provisto y dorado de acumen y presteza; pero, con todo, auxiliares suyos muy activos son la diligencia y la práctica.

tarea formativa del maestro dependerá de la variada actividad del educando según sus aptitudes. A pesar de las diferencias desde el mundo antiguo la relación entre educador y educando se configura como relación de ayuda y reconoce en el educando un principio de actividad. Sin embargo será a partir del siglo XVIII cuando este principio de actividad adquirirá especial relevancia. Rousseau desarrolla en *Emilio* –ensayo pedagógico novelado– la idea de que la educación es un proceso autoformativo, es el inicio de un proceso natural de maduración y actividad espontáneas, que requiere que Emilio sea libre en sus experiencias y que su preceptor se abstenga de actuar hasta que llegue el momento indicado por la naturaleza. Froebel –creador del jardín de infantes– concibe la educación como un proceso de evolución interior, como el despliegue de la naturaleza como ser espiritual y, en razón de esto, elaborará una serie de materiales didácticos (dones y ocupaciones) para que los niños jueguen y se manifiesten. En el siglo XX, el movimiento de escuela nueva o de la pedagogía activa traducirá en normas de

Mediante la diligencia va más lejos y, gracias a ese avance, se le abren perspectivas que antes estaban hurtadas y ocultas, como ocurren con los que andan caminos y navegan mares. Así también se afina y se aguza la penetración de la mente, y la habilidad y pericia se le tornan más prontas, como se dijo de Cleantes, el filósofo estoico, que aguzaba, como con una amoladora, el embotamiento de su ingenio, con el estudio y la vigilancia.” (VIVES, Juan Luis. *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1947, t. 2, p. 348). En el *Tratado sobre el alma* al referirse al habla distingue alguna variedad de ingenios, cuyo desarrollo se relaciona con la experiencia y la educación recibida: “A muchos les faltan palabras. Necesitan de largos rodeos los que son torpes, los que tienen la fantasía cohibida, el recuerdo moroso y débil; todos estos manifiestan penosamente lo que sienten. Aquellos que poseen razón y juicio prontos, pero sin eficacia, éstos acaso serán parleros, pero elocuentes no lo serán jamás. (...) Verás a muchos que tienen facundia para narrar, y en la argumentación son perfectamente bisonos; y al revés. La ponderación de lo que se ha de decir y la consideración de las otras circunstancias de lugar, tiempo, personas y otras análogas revelan a menudo el gran ingenio de quienes son de palabra tarda y premiosa, mientras que los listos y versátiles, como no tienen pensado nada que decir son de una arrolladora verbosidad, sueltan lo que les viene a la boca sin que la razón oponga dique alguno a la desbocada licencia de su pensamiento. También a veces la penetración agudísima en la intimidad de las cosas y la amplia compleción de pensamiento, que abarca muchos y graves asuntos, vuelve como infantiles a ingenios excelentes y clarísimos porque no aciertan a hallar palabras adecuadas para expresar tanta multiplicidad de objetos. En cambio, aquellos que han de hablar de las cosas que cada día traen entre manos, hallan palabras y giros fáciles y abundantes para expresarse.” (VIVES, Juan Luis. *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1947, t. 2, p. 1204/5).

actuación y métodos la imagen del educando como agente principal de la educación a través de su propia actividad.

Esta breve referencia histórica sobre la actividad del educando no minimiza la tarea del docente, ya que la acción propia del educando no impide la acción del educador. Es más puede considerarse que la educación es el encuentro de dos actividades, de dos voluntades empeñadas en una tarea común. La autoeducación no niega la educación, porque aun en la tarea autoeducativa siempre hay otro que ayuda a redescubrir al mundo y al hombre. A través del vínculo pedagógico que se establece, el educador ayuda al educando a aprender; lo que no puede hacer bajo ningún punto de vista es aprender por él, porque la causa principal de la educación radica en el educando y lo que hace el educador es suscitar, promover, indicar aquello que puede conducir a un cambio para bien en el alumno. El educando, a su vez puede rechazar la intención educadora que se le presenta. Esto nos lleva a afirmar que la educación no es de modo absoluto una técnica de resultados predecibles y que, en razón de esto, el carácter del vínculo pedagógico que se establece es un elemento importante para que se cumpla la tarea educativa. El educando es objeto de la educación y simultáneamente participante del diálogo con el educador, porque las influencias a las que es accesible el educando son para él invitaciones, posibilidades o propuestas, ya que si no existiera en el educando el principio de actividad y autorrealización, nada podría hacer el educador.

Si la relación educativa es una relación de ayuda es también una relación asimétrica o de dependencia, en tanto dependemos de otros para nuestro desarrollo. Esta relación de dependencia entre maestro y alumno no tiene un matiz negativo, porque no es una relación de dominación y no implica necesariamente pasividad. Aun así, no pueden ignorarse los innumerables relatos, tanto literarios como reales, sobre los castigos y humillaciones impuestos por algunos maestros sobre sus alumnos. Sin embargo, aun conscientes de esta realidad no puede afirmarse que el fundamento de la relación educativa es dominar o domesticar a otro, sino, por el contrario, promover la libertad del otro. La relación de dominio obliga, la relación educativa sugiere y promueve. En el vínculo pedagógico hay exigencias que el educador debe cumplir para no caer en la dominación: respetar al alumno, brindar enseñanza de calidad,

confiar en las posibilidades del educando, coherencia entre sus acciones y dichos. Una imagen tal vez acertada de esta relación de ayuda y dependencia no dominadora es ver el proceso educativo como un camino que se dirige a un objetivo, como un andar conjunto. La relación de dependencia educativa se orienta hacia la libertad del educando y es, por lo tanto, una dependencia transitoria que solo tiene carácter plenamente educativo cuando desaparece.

3. Dos dimensiones del amor: *eros* y *ágape*

Fue Platón quien desarrolló finamente el concepto de *eros* en *El Banquete* cuando Sócrates, tras los discursos de alabanza del amor pronunciados por Fedro (178a-180b), Pausanias (180c-185c), Erixímaco (186a-188e), Aristófanes (189a-193d) y Agatón (194e-197e), muestra el error del discurso de Agatón argumentando que el amor no puede ser el más bello y mejor de los dioses puesto que el amor es amor de algo (belleza) que se desea y no se posee. Luego de esta aclaración, Sócrates desarrolla su discurso en el que expone las enseñanzas de Diotima, ya que fue ella quien le enseñó que *eros* no es ni bello ni bueno pero tampoco es feo y malo, del mismo modo que quien no es sabio no es necesariamente ignorante: el amor se halla en una situación intermedia entre lo bello y lo feo, lo bueno y lo malo (201d-202b). Por eso *eros* no es ni un dios ni un hombre, sino un intermediario entre los dioses y los hombres, carácter que se acentúa al ser Eros hijo de Poros (el recurso) y Penía (la pobreza):

Siendo pues hijo de Poros y Penía, Eros se ha quedado con las siguientes características. En primer lugar, es siempre pobre, y lejos de ser delicado y bello, como cree la mayoría, es, más bien, duro y seco, descalzo y sin casa, duerme siempre en el suelo y descubierta, se acuesta a la intemperie en las puertas y al borde de los caminos, compañero siempre inseparable de la indigencia por tener la naturaleza de su madre. Pero, por otra parte, de acuerdo con la naturaleza de su padre, está al acecho de lo bello y de lo bueno; es valiente, audaz y activo, hábil cazador, siempre urdiendo alguna trama, ávido de sabiduría y rico en

recursos, un amante del conocimiento a lo largo de toda su vida, un formidable mago, hechicero y sofista.

108

De este modo el amor se sitúa en un término medio entre la sabiduría y la ignorancia y es deseo de las cosas bellas y buenas con el objetivo de poseerlas: el amor es en definitiva el deseo de poseer siempre el bien (206b). Continúa la exposición refiriéndose a la acción por la cual se persigue tal objetivo. Y ésta no es otra que la procreación de la belleza, que puede ser tanto del cuerpo como del alma. La procreación del cuerpo engendra hijos, la fecundidad del alma concibe la sabiduría moral y las virtudes, a través de las cuales el ser humano se inmortaliza en cierto modo. El *eros* espiritual a través de la procreación anhela eternizar a uno mismo en una hazaña o en una obra amorosa que perdure. El camino culmina con la contemplación de la belleza absoluta, a la que se asciende gradualmente a través del amor a las realidades concretas, elevándose paulatinamente del plano de lo más particular a lo más general. El *eros*, concebido como el amor al bien, es al mismo tiempo el impulso hacia la verdadera realización esencial de la naturaleza humana y, por lo tanto, un impulso de cultura en el más profundo sentido de la palabra; es el anhelo de quien se sabe imperfecto por formarse espiritualmente a sí mismo, es la formación del hombre en el hombre¹⁰⁹. *Eros* es, en síntesis, una fuerza educadora, casi un impulso innato en el hombre que lo moviliza a desplegar su yo.

Este *eros*, descrito como una aspiración del alma hacia aquello que le falta, se completa con *ágape*¹¹⁰ cuando se lo entiende como

¹⁰⁸ PLATÓN (2000), *El Banquete*, Madrid, Alianza Editorial, 203 c-d.

¹⁰⁹ JAEGER, W., ob. cit., p. 581.

¹¹⁰ "El *eros* griego ha sido descrito muy a menudo como una simple aspiración del alma, enajenada de deseo, hacia aquello que le falta; de parte del amante, sin embargo el amor antiguo participa también de la *agapé*, gracias a esa voluntad de ennoblecimiento y de entrega de sí mismo, a ese matiz, para decirlo todo, de paternidad espiritual. Tal sentimiento tan minuciosamente analizado por Platón, se aclara a la luz de un análisis freudiano: evidentemente, el instinto normal de la generación, el deseo apasionado de perpetuarse en un ser semejante a uno mismo, es el que, frustrado por la inversión, se deriva y se desborda al plano pedagógico. La educación del mayor aparece como un sucedáneo, un 'ersatz' irrisorio del alumbramiento: 'El objeto del amor (entiéndase, pederástico) es procrear y engendrar en la Belleza.' El vínculo amoroso va acompañado de una actividad formativa, por un lado, de una tarea de maduración, por otro, matizada allí de condescendencia paternal,

voluntad de entrega de sí mismo de paternidad espiritual mediante la procreación, transformando a *eros* de amor de lo bello en amor de la generación y procreación de lo bello (206e). El vínculo amoroso es acompañado por una labor formativa y una tarea de maduración ejercidas libremente y que da frutos. Refiriéndose a los fecundos según el alma, expresa Platón en *El Banquete*:

Ahora bien, cuando uno de éstos se siente desde joven fecundo en el alma, siendo de naturaleza divina, y, llegada la edad, desea ya procrear y engendrar, entonces busca también él, creo yo, en su entorno la belleza en la que pueda engendrar, pues en lo feo nunca engendrará. Así, pues, en razón de su fecundidad, se apega a los cuerpos bellos más que a los feos, y si tropieza con un alma bella, noble y bien dotada por naturaleza, entonces muestra un gran interés por el conjunto; ante esta persona tiene al punto abundancia de razonamientos sobre la virtud, sobre cómo debe ser el hombre bueno y lo que debe practicar, e intenta educarlo.¹¹¹

Este concepto griego de *ágape*, como amor creador y que se derrama con abundancia, es tomado por los primeros cristianos para referirse a los banquetes o convites de caridad que realizaban para fomentar el sentido de unidad entre sus miembros. Es así que suele identificarse en su significado *ágape* y *caritas* en relación al acto de manifestar y dar amor al otro. El amor creador y sobreabundante de Dios es el fundamento del amor al prójimo o *caritas*. Se acentúa en este concepto de amor el dar a todos y no selectivamente, es un amor que se ofrece a todos independientemente de su condición. *Ágape* es un amor espontáneo que se dirige al otro en base a la dignidad que le confiere el ser sujeto de posibilidades y valores, es la aceptación del otro por sí mismo sin esperar retribución.

aquí de docilidad y veneración; y es ejercido libremente a través de la frecuentación cotidiana, el contacto y el ejemplo, la conversación, la vida común, la iniciación progresiva del más joven en las actividades sociales del mayor: el club, la gimnasia, el banquete." Marrou, H.- I., *Historia de la educación en la Antigüedad*, Buenos Aires, Eudeba, 1976, p. 36.

¹¹¹ PLATÓN (2000), *El Banquete*, Madrid, Alianza Editorial, 209, b.

Eros y *ágape* son dos dimensiones del amor humano presentes en la relación educativa: el primero es un amor que tiene su origen en un inacabamiento y tendencia a la plenitud; el segundo responde a una abundancia y consecuente tendencia a la donación. El amor humano no es ni exclusivamente *eros* ni exclusivamente *ágape*: *eros* en su tendencia a la perfección reconoce la necesidad del otro en el proceso de desarrollo personal; *ágape* como donación tiende a expandir y difundir el desarrollo personal logrado a través de la promoción del otro.

4. *Eros* y *ágape* en el vínculo educativo

El amor puede considerarse un sentimiento pedagógico fundamental¹¹²: “es únicamente el amor lo que da un tono cálidamente humano a esta actividad dirigida a la transformación de las estructuras psíquicas del educando, y solo él puede hacer soportable para el niño esa intervención en su personalidad”¹¹³. Sin embargo no resulta extraño que en la realización concreta de la educación existan situaciones de lucha contra algunos aspectos considerados negativos en el educando, de modo tal que parece que la educación consiste en la práctica en erradicar esas faltas o defectos, dando de este modo a la relación educativa un tinte negativo y hasta violento¹¹⁴. Una pedagogía basada en esta acción negativa, queda a mitad de camino y hasta adolece de capacidad

¹¹² Resultan elocuentes estas palabras de Erasmo refiriéndose a los posibles buenos resultados de la tarea educativa: “Este resultado se obtendrá en parte por la dulzura y la buena gracia del maestro, en parte por su ingeniosidad y habilidad que le harán inventar diversos medios para hacer el estudio agradable al niño e impedir que se canse con él. En efecto, nada es más nefasto que un preceptor cuyo carácter lleva a los niños a odiar los estudios antes de estar en condiciones de comprender por qué es necesario amarlos. El primer grado del saber es el amor del preceptor.” (Cit. por HALKIN, L.-E. (1977), *Erasmo*, México, Fondo de Cultura Económica, p. 96/97)

¹¹³ BOLLNOW, O. (1979), “Sobre las virtudes del educador”. *Educación* (Instituto de Colaboración Científica, Tübingen), vol. 20: 48-58, p. 49.

¹¹⁴ KANT en sus *Reflexiones sobre la educación* afirma que el hombre es la única criatura que puede ser educada, o sea disciplinada e instruida. Para convertirse en sujeto autónomo el hombre debe desterrar y disciplinar la naturaleza animal, porque la disciplina convierte la animalidad en humanidad en tanto impide que el hombre llevado por sus impulsos animales se aparte de su destino de humanidad. La disciplina con la finalidad de anular la animalidad tiene un carácter negativo y la obediencia es su característica primordial.

formativa. El vínculo educativo basado en el amor propone una actitud positiva frente a las personas, tal como lo atestiguaron filósofos como Platón o San Agustín y maestros como Pestalozzi o Don Bosco. El amor pedagógico como aspiración, sentimiento y voluntad tiene múltiples aspectos entre los que destacamos la benevolencia que se manifiesta en la voluntad de cuidar al otro, de procurarle el mayor bien posible. Este amor de benevolencia es un amor pedagógico sobre el que se asienta el vínculo educativo. Pero este amor pedagógico no engece al educador, ya que considera las posibilidades ideales latentes en todo educando de una manera realista, es decir con sus debilidades y defectos que continuamente ponen en duda toda la tarea educativa. Tampoco considerar que el amor pedagógico es fundamental en la tarea de educar nos debe llevar a pensar en el maestro como una persona carente de defectos o que derrama afectividad educativa porque el encuentro educativo está plagado de sentimientos, placeres y emociones, de modo tal que el amor pedagógico es algo que se desarrolla y construye en la relación educativa y no algo dado, natural o predeterminado¹¹⁵. La visión realista es para ambos y reafirma lo positivo: reconocimiento, confianza, esperanza en la posibilidad de desarrollo personal.

Eros y *ágape* son manifestación del amor pedagógico. *Ágape*, en función del maestro, no significa una protección continua y anuladora de la personalidad, sino una dinámica de atracción y devolución del alumno en relación de un desarrollo sano de éste. Existen acciones y conductas para cada momento y el maestro debe saber observar a los alumnos y ser consciente de sí para manifestar la conducta adecuada. *Eros*, también en relación al maestro, se manifiesta en la satisfacción que produce la realización de la tarea y en la confianza en la fuerza y en las posibilidades del educando; en el educando, *eros* es la aspiración a la que hay que apelar para la actividad autoeducativa, es el esfuerzo para alcanzar el fin. El amor pedagógico, para no quedar reducido a una vacía afectividad, adquiere sentido como búsqueda de promoción del educando que solicita del educador una detenida atención.

El amor pedagógico se complementa con otras actitudes, derivadas de lo esencial del acto educativo, como el respeto, la

¹¹⁵ Ver ABRAMOWKI, Ana, "Quererlos: un imperativo. Esbozo para un estudio de los afectos magisteriales", Cuadernos de Pedagogía, Rosario, año VI, n° 11, nov. 2003, p. 21-30.

mirada atenta, la paciencia y la confianza. Respetar al alumno es principalmente admitirlo tal como es, no solo como diferente al maestro sino aun distinto en relación a lo que el maestro habría esperado. Respetar al alumno no implica una actitud negligente. Al educando se le respeta, se le exige y se le solicita su empeño en el proceso formativo; no hacerlo sería, en cierto modo, no cumplir con el derecho que el niño tiene a ser educado. El respeto, como mixtura de conocimiento y afectividad, es un acercarse que guarda distancia, una aproximación que mantiene distancia y que se distingue de la indiferencia, en el respeto se perciben la singularidad y el valor de lo respetado.¹¹⁶ La mirada atenta es compañera inseparable del respeto, ya que implica mirar bien lo que está delante nuestro que en este caso es el alumno. Mirar con atención conlleva intención de mirar y tensión hacia el otro, dispone para recibir aquello a lo que se atiende. El respeto y la mirada atenta son prolegómenos del diálogo educativo, no solo para hablar sino fundamentalmente para escuchar. La paciencia es necesaria para saber esperar, para no adelantarse a los tiempos o, como aconsejaba Comenio en su *Didáctica Magna*, para captar el momento oportuno. También paciencia con las travesuras, con las faltas, con las rebeldías, con cierto empecinamiento dependiendo, en cada caso, de las edades de los educandos. Finalmente la confianza se manifiesta y se demuestra en relación a las capacidades de los educandos: solo cuando el educador cree realmente en el niño, cuando le tiene confianza está éste en condiciones de desarrollarse y de generar autoconfianza¹¹⁷. La ausencia de confianza del educador puede, muchas veces obstaculizar la consecución de los logros educativos y convertir la acción docente en puramente protectora o, lo que es peor, en inútil en tanto el docente no espera nada del educando porque considera que no puede dar nada. Finalizando este apartado parecen oportunas estas palabras:

El pulso de la enseñanza es la persuasión. El profesor solicita atención, acuerdo y, óptimamente, disconformidad colaborativa. Invita a la confianza:

¹¹⁶ ESQUIROL, J. M. (2006), *El respeto o la mirada atenta. Una ética para la era de la ciencia y la tecnología*. Barcelona, Gedisa, p. 58ss.

¹¹⁷ BOLLNOW, O. (1979), "Sobre las virtudes del educador". *Educación* (Instituto de Colaboración Científica, Tübingen), vol. 20: 48-58, p. 55.

“solo se puede cambiar amor por amor y confianza por confianza”, como dijo Marx, con idealismo en sus manuscritos de 1844. La persuasión es tanto positiva – comparte esta habilidad conmigo, sígueme en este arte y en esta práctica, lee este texto– como negativa –no creas esto, no malgastes tiempo y esfuerzo en aquello–. La dinámica es la misma: construir una comunidad sobre la base de la comunicación, una coherencia de sentimientos, de pasiones y frustraciones compartidas.¹¹⁸

De pasiones y frustraciones compartidas, de vínculos fuertes o débiles, pero vínculos al fin, se compone la relación educativa. No queremos a todos nuestros maestros y no nos quieren todos nuestros alumnos, pero el establecer el vínculo educativo entre eros y ágape constituye la diferencia.

Conclusión

El vínculo educativo se sitúa ente *eros* y *ágape* en tanto es una relación fundada en el amor y en cuanto tiene como finalidad generar algo nuevo, algo distinto. Esta relación amorosa maestro-discípulo se entreteje en la trama de enseñanza-aprendizaje, se construye una comunidad entre enseñante-enseñado en la que cada uno cumple un rol sobre la base conocimientos y sentimientos compartidos. Tanto el maestro como el discípulo son demandantes del otro y apelan al sujeto en su integridad: a su intelecto, su imaginación, sus sentidos, sus deseos. El maestro atrae, seduce y el discípulo, en principio, seducido, comienza por este proceso comunicacional integral –entre maestro y discípulo– a ser sí mismo y a diferenciarse de su maestro.

El amor pedagógico es, al igual que el *Eros* descrito por Diotima –hijo de la pobreza (Penía) y el recurso (Poros)–, la ausencia de algo y al mismo tiempo la abundancia de maestrías para conseguirlo, es dinámico y compartido. Se manifiesta en el maestro en el deseo de compartir, en el alumno en el deseo de conocer y en

¹¹⁸ STEINER, G., ob. cit., p. 33.

ambos en el deseo de trascender. Pero este amor pedagógico no se manifiesta solo como deseo o complacencia sino primordialmente como interacción y creación ya que es también ayuda y deseo de transformar, implica aceptación y respeto del otro juntamente con desarrollar sus aptitudes.

Como pilar que lo sostiene el amor educativo implica aceptación, respeto, consideración y cuidado del otro. Puede conducir a un encuentro interhumano profundo, a una genuina comunicación tanto instructiva como orientadora, tanto cognitiva como emocional. Este amor educativo significa también que compete al maestro mantener una distancia interpersonal que optimice la relación educativa. El encuentro educativo es también algo emocional, vivificador y profundo. El amor como uno de los sustentos del vínculo educativo es indispensable en la relación maestro-discípulo porque es a la vez deseo, placer y amor por transmitir, por conocer, por compartir. Además, el amor pedagógico actúa como alentador del discípulo quien, en principio, sigue e imita al maestro para, luego, ser el mismo. Este aspecto me recuerda algo que leí hace tiempo sobre la imitación del estilo ciceroniano en el Renacimiento: un humanista de la época, ante el reproche que se le hacía por haber estudiado tanto a Cicerón y no escribir como él, expresa que gracias a Cicerón ha aprendido a ser él mismo. El discípulo se desprende del maestro y tal vez ame lo que el maestro ama o quizá ame otra cosa. Por esto, el verdadero amor pedagógico también entraña, en cierto modo, alejamiento y ruptura. El discípulo es libre de desechar, revalorizar o reconsiderar las enseñanzas del maestro.

La acción educativa es fundamentalmente amorosa en tanto el deseo de aprender se nutre y complementa con el deseo de enseñar, cuando el maestro desea y quiere el progreso de su discípulo, se diferencia de la amistad porque no es un amor entre iguales sino que promueve el desarrollo porque no se cristaliza o inmoviliza en algo en particular. El amor pedagógico se manifiesta como esfuerzo y tendencia hacia la perfectibilidad, es una acción positiva sobre la base de las capacidades reales tanto del educador como del educando.